



EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Llanto inútil (Balada), por don Antonio Arnao.—María Tudor, reina de Inglaterra (continuacion).—A Granada (Soneto), por don C. Navarro y Rodrigo.—Julia: historia de unos amores (conclusion).—Variedades: Vocabulario del Amor (continuacion)—Modas.—Esplicacion del Figurin: Trajes de niños.

INSTRUCCION.

De los defectos.

Hemos encarecido en el anterior artículo la escelencia de la amistad, haciendo superior este afecto del corazon; sin que por esto desconozcamos que el amor es el mas dulce beneficio de la humanidad; pero que tambien en él, la imaginacion va mucho mas allá de la realidad.

Amantes de todos los grandes afectos del corazon, y renegando por conviccion del pesimismo que quieren algunos atribuir á la humanidad, tanto como deseamos alentar esas pasiones puras, nobles y elevadas, queremos se conozca lo pernicioso de esos sentimientos que sino son impuros, son innobles y bajos.

Por esto se llaman defectos, y por desgracia, no es pequeño su catálogo; y aunque no lo admitamos de una manera absoluta, la mujer nos debe la mayor parte de sus defectos.

Si origina los vicios una deprabacion del corazon, los defectos un vicio de temperamento, y el ridículo un defecto de talento; no creemos difícil evitar ó atenuar al menos los primeros, ya que lo último sea incorregible.

La educacion y la instruccion se nos pre-

sentan aquí, no solo como un eficaz remedio, sino como un seguro preservativo.

Los sentimientos que se quieren inculcar en los tiernos corazones, se inculcan. Esparta queria hacer guerreros á los hombres y patricias á las mujeres, y la historia nos enseña si lo consiguió: ella nos presenta á una madre que al saber que su hijo habia muerto exclamó:

—Ya sabia yo que no le habia enjendrado inmortal.

Al despedirse otra de sus hijos que iban á la guerra, les dió el escudo diciéndoles:

—Volved con él ó encima.

Esto es, ó vencedores ó muertos.

Otra dijo á su hijo:

—Circulan acerca de tí rumores poco favorables: mueran ó mueres.

Al saber una que su hijo se obstinaba en defender un puesto peligroso contestó:

—Si sucumbe, que pongan en su lugar á su hermano.

Y por último, una madre vuela al encuentro de un correo.

—Qué noticias traes? le dice.

—Vuestros cinco hijos han muerto.

—No es eso lo que te pregunto. ¿Es la victoria de Esparta?

—Sí.

—Corramos á dar gracias á los dioses.

Presentamos estos ejemplos de tan fiera virtud (y la llamamos fiera, porque se prescindia de los deberes naturales y de la familia por los humanos), para demostrar lo que puede conseguir la educacion é instruccion; pues cuando hacia variar en la mujer los sentimientos naturales, esos mismos sentimientos que la son innatos, que cual destellos de la divinidad, han ido á iluminar su alma, no creemos sino muy fácil, que por sencillos medios se evite el extravío del corazon, y se modifiquen los defectos del temperamento.

A. Pirala.

LITERATURA.

LLANTO INÚTIL.

(Balada.)

A la moribunda luz
del sol que en la mar caía,
una doncella venia
á llorar ante una cruz.

Y cuando sumida estaba
en éxtasis tan doliente,
se alzó un ángel lentamente
de la tumba en que lloraba.

—A quién lloras? dolorido
clamó, viendo su querella.
Y respondió la doncella
tan solo con un gemido.

—Huye! No turbes el sueño
del que al fin goza de calma.

—¡Era el dueño de mi alma!
¡Ay, de la esclava sin dueño!

—Huye! Piedad ilusoria!
¿De qué sirven tus dolores?
Suspira por tus rigores,
pero no por su memoria.

¡Respeto la paz de un triste!
¿Para qué á llorarle vienes
cuando tú con tus desdenes
penas y muerte le diste?—

Dijo; y desplegando el vuelo
remontóse á su morada.
Ella le vió desolada
desvanecerse en el cielo.

Y mientras muerta caía
cual flor que se agosta en mayo,
lanzaba su último rayo
el sol que en la mar se hundía.

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

La princesa tomó el pliego y debió reconocer la letra, porque sus facciones se animaron y rompió precipitadamente el sobre.

El pliego no contenia mas que estas palabras:

—«Señora, no vengais á Greenwich: el Rey ha muerto; en su testamento deja la corona á su prima Juana Grey. Nortumberland ha enviado ya tropas encargadas de prenderos juntamente con la princesa vuestra hermana.»

El conde de Arundel.

Los caballeros que rodeaban á María se miraron entre sí, como preguntándose lo que debían hacer. La princesa lo comprendió.

—Señores, les dijo, tomemos otro camino: es lo mas prudente, hasta adquirir nuevas noticias.

El día empezaba á declinar, y á medida que las sombras avanzaban cubriendo la tierra, se percibía cada vez mas cerca el rumor sordo de tropas y caballos, que marchaban en aquella direccion.

Ellos son! dijo María volviéndose á los que la acompañaban: nos persiguen, y los emisarios de Nortumberland no tardarán en alcanzarnos.

Entonces contó con la vista el número de sus defensores. Era tan escaso que hubiera sido una temeridad inútil empeñarse en una lucha en la que precisamente debía haber, por muy pocas que fuesen, triple número de adversarios.

Uno de sus servidores señaló entonces á la princesa un castillo que se divisaba no lejos de allí.

—Adelantáos, y llamad, le dijo rápidamente.

El caballero partió al escape, y todos le siguieron.

Los habitantes del castillo viendo llegar aquella pequeña tropa que creían precursora de un nu-

meroso ejército, alzaron el puente levadizo y se prepararon á la defensa.

El caballero enviado por María, y que solo la precedía algunos pasos, se detuvo junto al foso, y llamó al centinela, ordenándole que fuese á buscar á su señor.

Éste no tardó en presentarse.

En aquel momento llegaba también la régia comitiva.

—Abrid al instante las puertas, dijeron al castellano.

—Antes necesito saber vuestros nombres, ya que la oscuridad me impide descubrir vuestras fisonomías.

—Abrid, dijo entonces una voz de mujer; la que hoy os pide hospitalidad, es María Tudor, reina de Inglaterra!

A aquel nombre, bajóse el puente, abriéronse las puertas, alineáronse los soldados presentando las armas, y María entró en medio de las aclamaciones mas entusiastas.

Apenas llegó al salon del castillo se puso á deliberar con sus consejeros: no habia tiempo que perder! La princesa les demostró la necesidad de emprender su marcha despues de dar algun descanso á sus caballos, sino querian ser sorprendidos en un castillo que contaba con tan escasos medios de defensa.

Todos se adhirieron á su opinion, porque era la mas prudente, y una hora despues se hallaban ya dispuestos á seguirla.

No bien habian andado algun trecho, cuando vieron de pronto iluminarse la campiña con una luz rojiza como la de una aurora boreal.

La princesa volvió la cabeza atrás.

Aquella claridad procedia del castillo donde estaba momentos antes. Las llamas salian por todas sus ventanas formando al confundirse sobre los tejados, una inmensa hoguera que parecia tocar en el cielo y confundirse con las nubes. El viento esparcia á gran distancia chispas y trozos de maderas inflamados, oyéndose de cuando en cuando en medio del silencio de la noche el ruido sordo y prolongado de los escombros que se desplomaban en el interior del edificio.

Los partidarios de Nortumberland le habian incendiado creyendo que María se encontraba aun en él.

Comprendiéronlo así los fugitivos, y emprendieron su marcha con nuevo ardor.

Llegaron por fin á Framlbingam, en el condado de Suffolk.

Desde allí, la reina escribió al Consejo y á la primera nobleza, mandándoles que la hiciesen reconocer como heredera legítima de su hermano, y lo dispusiesen todo para su coronacion.

El duque de Nortumberland creyó entonces inútil el disimulo, y envió un ejército y una flota contra la reina. El condado de Suffolk se habia decidido ya por ella. A pesar de ser el mas adicto á la religion reformada, la palabra dada por la reina de respetar las opiniones religiosas, la granjeó la confianza de sus vasallos.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Á GRANADA.

(En el Album de la ALHAMBRA.)

Señdo.

En ansia de admirar el alma mia
ver pretendió tu suelo de ventura,
tu juventud brillante y tu hermosura
sultana del Edén de Andalucía.

Quise admirar tu eterna lozanía,
el aura de tus prados siempre pura,
tus rios, tus verjeles, tu verdura,
tu Alhambra, tus recuerdos, tu poesía.

¿Qué mas bello que tú? ¿Qué hermoso cielo
como el tuyo encontrar puro y luciente?

¿Dónde encanto mayor que el de tu suelo?

Dios que el ideal de la belleza siente
te hiciera su magnífico modelo,
reflejo soberano de su mente.

C. Navarro y Rodrigo.

JULIA.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

XII.

Han pasado cuatro meses desde que Alberto y Jorge, esos dos abortos del infierno abandonaron el suelo de España para llevar sus crímenes á un pais extraño.

El silencio de los sepulcros reina en la casa de Julia. Todas las personas que en ella viven se agitan de un lado para otro, pero sus pisadas apenas

hieren el suelo para no causar el mas lijero ruido. La espresion de dolor que se vé marcada en todos los semblantes, manifesta que en aquella casa, templo antes de la felicidad y la alegría, sucede una gran desgracia. Ay! es que en uno de sus apesentos, se halla una jóven próxima á dar el último suspiro, y esa jóven es la de todos querida Julia.

Tres personas se encuentran en la habitacion de la moribunda. La una es Julia, acostada en el lecho y con la cabeza descansando sobre los brazos de la amistad. La palidez de la muerte cubre su semblante, y de sus ojos casi apagados se vé desprender el último soplo de vida.

Sentada junto á la cabecera, y con los brazos al rededor del cuello de la enferma está Sofia, que al primer anuncio del mal ha volado á ser la enfermera perpétua de su amiga. El rostro de Sofia quiere aparecer sereno para no desanimar á Julia, pero dos lágrimas que saliendo de sus ojos se renuevan constantemente sobre sus mejillas, hacen traicion á la aparente serenidad de la afligida Sofia.

La otra persona es un anciano sacerdote, que de pié y al lado de la cama, está recitando en baja voz las oraciones de los que tienen la suerte de abandonar el mundo de los engaños y de las miserias.

Son las seis de la mañana y la débil luz de una lámpara alumbra dificultosamente la habitacion.

Es un contraste original el que forman los colores azul y oro de las paredes, con el rosado de la riquísima colcha que ostenta el lecho, el amarillo adamsado de la silleria, y el blanco mate que cubre la faz de Julia.

Sobre la cabecera de la cama se vé una bonita imágen en marfil del Crucificado; á su frente un magnífico cuadro, copia brillante de la Concepcion de Murillo, y en otro lado una lindísima consola cargada de vistosas flores y caprichosos adornos: una grande luna de Venecia suspendida sobre la consola por un grueso cordon de seda y oro, reasume en su tersa superficie todos los objetos de aquella habitacion.

—Parece que Julia sigue tranquila, padre, dijo Sofia en voz muy baja y acercándose al sacerdote. Puede vd. ir á descansar un poco, porque hace ya tres noches que no se acuesta vd.

—A vd. le es mas necesario el descanso que á mí, porque son muchas mas las que vd. lleva pasadas en este sitio.

—Oh! yo no me muevo de aquí hasta que mi amiga exhale el último suspiro, ó se levante buena de la cama.

—Dios la premiará á vd. hija mia esa abnegacion, y el amor que tiene á su amiga.—Voy pues á descansar un poco, pero si ocurre algo avísame vd. al momento.

—Así lo haré, padre, aunque por esta noche creo no debemos tener cuidado.

Apenas hubo acabado de salir el religioso, cuando Julia, incorporándose en la cama, preguntó á Sofia si estaban solas.

—Sí, Julia; pero no te muevas, porque te será perjudicial el aire que tomes.

—Qué importa morir un poco antes ó un poco despues?

—Desecha por Dios esa idea. ¿Quién piensa en morir?

—Ah! no hay remedio. No siento ya calor en el cuerpo, ni vida en el corazon.—Y morir, morir cuando le amo tanto, sin verle antes!

—Julia, por Dios te ruego que calles.—Ya sabes que el doctor te ha prohibido hablar.

—Es que el doctor no sabe que esa prohibicion es para mí la muerte. Es que tú no sabes, no comprendes lo que es amar.

—Pero debes olvidarle.

—Olvidarle? Imposible, Sofia.—Olvida por ventura el mendigo la mano generosa que le sacó de la miseria? Olvida el ciego al oculista que le abriera los ojos para que viese la luz del sol, y contemplara el irradiar de las estrellas? Olvida nunca el cariñoso amigo los espontáneos sacrificios hechos en el templo de la amistad? Olvida el hijo agradecido los afanes y desvelos que por él sufrieron sus padres? Olvidarle! No ves que si aun existo es porque el recuerdo de su imájen es el alimento de mi vida? No ves que si vivo aun es porque Dios no quiere que muera, para que por siempre esté pensando en él? Olvidarle! Es posible acaso cuando se ama bien? Ah! tú no sabes lo que es amar!

—Julia!...

—Amar es olvidarse de sí mismo por solo pensar en el objeto amado; es gozar un mundo ilimitado de placeres purísimos; es dar animacion á todas las cosas y en todas ver la sonrisa del dueño de nuestro amor; es marchar siempre por un camino tapizado de flores que nos conduce al cielo y nos acerca á Dios; amar es creer; amar es ser buenos; amar, Sofia, es gozar, es vivir.

Debilitadas las fuerzas de Julia por el esfuerzo que habia necesitado hacer para sostener la conversacion anterior, dejó caer su cabeza sobre la almohada, y por unos instantes su cadavérico rostro permaneció sin dar señales de vida.

Gruesas y abundantes lágrimas corrieron entonces de los ojos de Sofia, y esta tiernísima amiga estrechó fuertemente entre sus cariñosos brazos el exánime cuerpo de la moribunda Julia.

Oh! lágrimas consoladoras, estrechísimos abrazos de una amistad noble y elevada, yo he sentido vuestro contacto vivificador, y os adoro! ¡palabras dulces y purísimas de un amor verdadero, yo os comprendo, y os adoro también!

Un poco reanimada Julia por el fuego de los besos que la desconsolada Sofia imprimía en su helada frente, pidió á la muerte unos minutos mas de vida, y volvió á incorporarse otra vez en el lecho.

—Julia, Julia, por Dios; por el amor de ese hombre tranquilízate.

—Prométeme Sofia, que cumplirás el encargo que voy á hacerte. Es ya el último!

—Todo cuanto tú quieras, pero descansa un poco; acuéstate bien.

—Si algun dia le ves, si algun dia te encuentras con Alberto, dile por Dios lo mucho que le he amado; que mi última palabra, que mi último suspiro han sido para él; dile los risueños proyectos que yo habia concebido para hacer feliz su vida, el inmenso caudal de amor purísimo que atesoraba para endulzar sus penas; dile, que si su alejamiento ha sido ingratitud, que mi corazón le perdona; que, derrame..... una lágrima, por..... la que, muere aman....

El soplo de la muerte pasó rozando sobre los frios lábios de Julia, y se llevó la conclusion de esta palabra.

Entre los brazos de Sofia descansaba la cabeza de un cadáver.

XIII.

En el momento mismo de dar Julia su despedida al mundo, mejor dicho á Alberto, un jilguero que habia en la pieza inmediata repitió por algunas veces su delicado gorjeo; el pensamiento, flor predilecta de Julia y á la que con el mayor esmero cuidaba en un rincón de su dormitorio, abrió al aire sus aterciopeladas hojas, y por los cristales de los balcones penetraron en aquella estancia los primeros rayos de un sol puro y brillante. Era que los pájaros y las flores saludaban gozosos la nueva aurora de la inocente Julia. Era que el cielo recibía con sonrisas el espíritu de uno de sus ángeles mas bellos.

XIV.

Ya es hora de que nos ocupemos del capitán

Adolfo á quien por tanto tiempo hemos dejado en el olvido.

Tan pronto como el bizarro militar tuvo conocimiento de la desesperada situación en que se hallaba su hermana, pidió á sus gefes una licencia que aquellos le concedieron sin reparo alguno.—Adolfo, pues, partió ganando horas para la casa de sus padres, pero por escesiva que fué su prontitud en llegar á ella, solo tuvo tiempo para imprimir un ósculo en la yerta frente de Julia, y para jurar en presencia del cadáver no descansar un momento hasta que hubiese despojado de la vida al asesino de su hermana.

XV.

Solo un mes ha trascurrido desde el dia en que Adolfo hizo el juramento de vengar la muerte de Julia.

En una casa de la calle de San Honorato, en París, y en una de sus habitaciones cuyas puertas se hallan cerradas por dentro, dos hombres, con un florete cada uno en su mano derecha, están midiendo el sitio en que respectivamente han de colocarse para dar principio á un combate á muerte.

Estos dos hombres, como el lector habrá ya conocido, son el capitán Adolfo y el infame Alberto.

—Estamos ya caballero? preguntó Adolfo á su adversario.

—Podemos principiar cuando vd. quiera.

—Yo deberia asesinar á vd., porque un miserable no es digno de medir sus armas con un caballero; pero quiero tener la condescendencia de permitir á vd. que se defienda, seguro como estoy de que Dios apoyará mi causa, porque es la causa de la justicia.

—Ahorremos palabras, y principiemos cuanto antes.

—Podria también hacer que de ese cuerpo tan esmeradamente vestido, colgase la cadena del presidiario, porque esta es la prenda con que las leyes adornan á los ladrones y á los falsarios, y vd., hombre villano, ha sido ladrón y ha falsificado.

—Basta, caballero, y en guardia.

—En guardia pues.

Por algunos minutos brillaron cruzándose repetidamente los aceros, sin que el tirador mas consumado pudiera decir de parte de cual de los contendientes estaba la ventaja. Diestros en el ataque, diestros en la defensa, aquellos encarnizados enemigos redoblaban con rabia sus golpes sin lograr que ninguno de ellos alcanzase á quien iban dirigidos. Por fin, despues de algun tiempo de una lucha tan

horrible como igualmente sostenida, la punta del florete de Alberto abrió una lijera herida en el pecho de su contrario.

Al ver Adolfo teñida su camisa—sangre, dijo, rogad por vuestra vida.—Y tirándose á fondo dirigió un golpe tan certero al corazón de Alberto, que éste cayó inerte sobre el pavimento, sin poder pronunciar otras palabras que las de «muerto, perdón...»

—Perdon! Ves á pedirle al infierno, porque ni el cielo ni la tierra pueden concedértelo.

EPÍLOGO.

Hace muy poco tiempo que por los tribunales fué fallada una célebre causa, formada por falsificación de billetes y robo de gruesas cantidades.

La primera persona que en ella figuraba era nuestro conocido Jorge.

Los tribunales con arreglo á las leyes condenaron á Jorge á cadena perpétua.

FIN.

Cuando escribí las primeras líneas de la historia de los amores de Julia, estabas á mi lado Carlos. Eramos entonces felices, y estábamos contentos porque de nuestro pequeño y cariñoso círculo no faltaba ninguno de los amigos que le componen. La mano del destino quiso despues separarnos, lanzándote á tí por la escabrosa senda de la carrera diplomática, y á un país extraño, lejos de nosotros.

Ruego al cielo que la delicada misión de tu carrera no te aleje todavía mas, y que llegue pronto el deseado momento en que nuevamente tenga el placer de estrecharte entre sus brazos tu amigo

PABLO ORTIGA REY.

VARIEDADES.

VOCABULARIO DEL AMOR.

(Continuacion.)

Albur. Alternativa de un bien ó un mal que decide el acaso.—Los desconfiados y los murmuradores aplican esta palabra al matrimonio.

Nosotros como cronistas no hacemos mas que apuntarla como todas las demas.

Anzuelo. (Véase Dote.)

Acuerdo. Convenio.—Determinacion. Si la letra *a*, que se antepone en esta palabra á las sílabas *cuerdo*, es la primera tambien de *Amante*, el uso de la frase puede tener todo el carácter de una conspiracion.

Alon. Brazo de amante imberbe.—Ala de pollo.

Azar. Contratiempo inesperado, suceso imprevisto.—Voz que se puede aplicar á la mayor parte de los acontecimientos amorosos.

Apelar. Verbo célebre.—En materias de amor únicamente los solteros pueden apelar, porque fallado el pleito, y adjudicada la prenda al legítimo poseedor, no há lugar á reclamaciones.

A propósito del litigio amoroso hay una seguidilla que dice:

*El amor es un pleito,
y aunque en su Audiencia,
las mujeres son parte,
ellas sentencian.*

*Así, aunque ganen,
condenados en costas
los hombres salen.*

Los viudos suelen apelar algunas veces para consolarse de su dolor, pero casi siempre que lo intentan concluyen por enredarse en un segundo pleito.

B.

Bola. En dialecto andaluz esta palabra significa mentira ó exageracion increíble. Este mismo significado suelen tener hoy la mayor parte de las protestas amososas, por la cual algunos les aplican esta voz.

Bien. Felicidad que en los amantes incurables suele ser como la mejoría en los amantes desahuciados, síntoma de muerte.

Babieca. Nombre del caballo del Cid, que con dañado y socarron intento, aplican algunos á los hombres en quienes cabalga alguna pasion amorosa.

Belleza. (Véase Arte.) Argensola hizo un soneto á este asunto que concluye:

*¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!*

Bobo. (Véase Amante.)

Babear. Verbo en cuya conjugacion apren-

den los pollos á *escupir por el colmillo*.—Destilacion amorosa, hija de la inflamacion que causan en la boca de los niños los primeros suspiros de amor.

Balcon. Torre telegráfica.—Mirador y Mirado.—Observatorio desde el cual cada astro ve los satélites que le rodean.

Butaca. El mueble á que da nombre esta voz puede ser caballete de esposicion, ó apostadero para cazar, segun la persona que la usa.

Bramar. Verbo ultra-conyugal, cuya conjugacion suele estar á cargo de los celosos.

Boda. (Véase *Matrimonio*.)

Baile. Ceremonia social para acercar los sexos.—Coleccion de reglas para perder el equilibrio.—Espresion de la felicidad por medio de los pies.—El sentimiento en accion. (Véanse las *Mañanas de la Granja de Vilisla*.)

Balbupear. Acto de emitir sonidos ó palabras incoherentes.—Pasatiempo de los amantes.—Prólogo de la comedia *Noviaje*.—Preludio de un aria declaratoria.—Síntoma de inficionamiento amoroso.—Verbo que entre suspiros conjugan los enamorados.

Babel. Estado de la cabeza del hombre que piensa tomar estado.—Cuadro de la felicidad doméstica, cuando un matrimonio ha sido producto del arte.

Blanco. Color distintivo del amor platónico y del corazon de los pollos, y de la frente de las niñas que aun no han amado.

Blanquete. Ingrediente inventado para sustituir la falta del blanco.

Blanquear. Acto de revocar el cútis que el placer empaña ó el tiempo deteriora. Verbo tan generalizado hoy, que figura á la cabeza en la lista de los verbos mercantiles.

Brasero. Testigo prudente y juicioso de los diálogos amorosos.—Consuelo de los pies cuando se calienta la cabeza.—Nivelador del calórico cuando la sangre refluye al corazon.—Tablado sobre el cual los actores de la ópera *Amore* cantan en invierno sus duos.

Brazo. Percha masculina.—Ojal donde se prende el hombre la *cruz* que atestigua sus hechos heroicos en las lides de amor.

Brazaletes. Fragmento de hacienda masculina que suele enroscarse en el brazo de la mujer á quien el hombre da el *idem*.

Beso. Chasquido de un deseo al encender-

se.—Muchas pasiones amorosas semejan cajas de *Cascante*: los deseos son fósforos, como ellos se inflaman y consumen, durando lo que ellos: otros esplican los besos por medio de la Toxicologia, porque afirman haber visto amantes envenenados por los susodichos, pero

*Si se envenena un amante
por haber perdido el seso,
qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante.*

Esta redondilla es original de una caja de fósforos.

Botarate. Tenorio imberbe.—Murmurador lampiño.—Sábio en cañones.—Hombre de mundo, con babero.

Bueno. Adjetivo epigramático que en el dialecto amoroso equivale á *Pobre hombre*.—*Buen muchacho*.—*Buen Juan*, etc., son los dictados mas alarmantes que se pueden dar á un enamorado.

Bordar. Procedimiento doble que en las veladas de invierno hacen las niñas con los ojos y las manos, ó bien con las manos solas. En el primer caso bordan un ramo en un lienzo con la aguja, mientras con los ojos escriben un nombre en un corazon. En el segundo imprimen en el alma la misma cifra que marcan en un pañuelo, y nótese que el color en este caso es el que llaman *encarnado*.

Billete. Declaracion escrita.—Cita peligrosa, porque puede ser citada.—En los billetes amorosos como en los naipes no se puede tener confianza, porque aunque de distintas barajas, todas son cartas que manejan la suerte ó la destreza, y con las cuales los jugadores de buena fé pierden las mas veces.

Boca. Entrada á la cueva de los sentimientos.—Válvula del corazon.—Al pasar por ella el aire produce diversos sonidos, que los hombres han calificado á su manera, dándoles cierto valor convencional, aunque en la esencia no sean mas que aire.

Bigote. Espolon.—Distintivo del gallo.—Celosía del corazon.—Tamiz de suspiros.

C.

Cara. Portada del corazon: sustantivo femenino que hasta en el Vocabulario tiene dos sentidos. Llámase cara al rostro de la mujer y á toda prenda

que cuesta mucho.—Quevedo reúne las dos acepciones de esta palabra en el bello sexo, al decir en uno de sus romances:

*Aunque en todo el mundo hay caras,
solas son caras de veras
las de Madrid por lo hermosas,
y por lo mucho que cuestan.*

LA HIJA DE LAS FLORES.

(Se continuará.)

MODAS.

La naturaleza rejuvenecida viste ya, amables lectoras, su traje de primavera recamado de flores, y á su embalsamado y tibio aliento, la Moda rompe su envoltura de pesado terciopelo, y despliega las vistosas alas de gasa sobre su delgado talle de mariposa.

Cumpliendo nuestro deber de fieles cronistas, vamos á anticipar algunas indicaciones sobre las novedades que se preparan para la estacion entrante.

Los volantes continuarán en favor: se llevarán muy anchos y de dos cabezas.

Las guarniciones y adornos para trajes lijeros sufrirán alguna variacion: en los de muselina diferentes disposiciones de huecos y afollados cubrirán el bajo de la falda hasta la rodilla. Sin desechar, por completo, los cuerpos de aldeta, la mayor parte de los de estas telas serán redondos.

En los de seda las aldetas, armadas á pliegues gruesos, convienen á los talles esbeltos y delgados: la mujer de ancha cadera debe preferir la aldeta pegada: estos trajes admiten adornos de ricos flecos y felpillas, y de cintas tejidas espresamente.

Las mangas, cortas por lo general, apenas pasan del codo: en las telas ligeras la parte alta es lisa: sigue un hueco pequeño, con un volante, despues otro hueco, terminando con otro volante, poco fruncido ó de pliegues gruesos, y formando punta redonda en su centro.

Con los vestidos de cuerpo alto se llevan chales pequeños, manteletas-echarpes ó redondas, cuyos adornos varían á lo infinito, y se componen de flecos, encajes ó rizados de cinta, caprichosamente dispuestos. Una mujer elegante debe tener-

los de diferentes géneros: los necesita para traje de mañana, de visita, y de paseo.

AURORA PEREZ MIRON.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE NIÑOS.

FIG. 1.^a *Niña de nueve á diez años.*—CAPOTA de paja, guarnecida de terciopelitos estrechos, formando cuadros. *Chaqueta ó basquine* de tafetan negro, de grande aldeta, manga corta doble, tirantes con puntas flotantes y guarnecida toda de bellotitas y cinta de pasamanería. *Falda* de tafetan azul de cuadros menudos, con dos volantes, festoneados de flequillo de seda.

FIG. 2.^a *Niña de ocho á nueve años.*—VESTIDO de gros, color de café con leche, de falda lisa y grande talma, guarnecida ésta de una cinta de terciopelo negro, cortada por presillas del mismo grós. *Sombrero* de paja, de ala redonda, con pluma blanca y cintas color de rosa.

FIG. 3.^a *Niño de tres á cuatro años.*—BLUSA larga de popelina escocesa, encarnada y negra, con adornos de pasamanería. *Sombrerito* de paja.

FIG. 4.^a *Niña de cuatro á seis años.*—Camiseta cerrada de muselina bordada. Falda y tirantes de seda color de rosa, con adornos de enrejados y flequillo de seda negra.

FIG. 5.^a *Niña de dos á tres años.*—Vestido de chaconá bordado, con cinturon y lazos de cinta azul.

FIG. 6.^a *Niño de seis años.*—Vestido de seda azul, de túnica y cuerpo con aldeta, guarnecido de grecas de galon negro. Gorrita de paja.

FIG. 7.^a *Traje de niña para la primera comunión.*—Vestido de muselina clara: cuerpo alto y cerrado: manga que forma un hueco en el hombro, y baja recta y ajustada hasta cerrar en el puño: una guarnicion festoneada se coloca en la hombrera, y otra debajo del hueco, y son correspondientes á los tres volantes de la falda. Cinturon de cinta de seda blanca, con lazo al costado y cabos flotantes. Velo de muselina clara, guarnecido de un feston pequeño.